



ALÍ CHUMACERO:

curador de generaciones literarias

• Moramay Herrera • Alberto Arriaga •

No hay oportunidad para la solemnidad. Nada de esas preguntas que todo el mundo le ha hecho (¿por qué nada más escribió tres libros?, ¿cuál es la misión del poeta?, ¿el silencio es mejor que la escritura?, ¿su poesía tiene compromiso?, ¿por qué escogió el camino de la literatura?) ni de reverencias gratuitas o de humildad, porque es como ponerse humilde ante un toro. El hombre que está sentado ahí ha revisado miles, tal vez millones de cuartillas ajenas, algunas de las mejores de la literatura mexicana. La verdad es que impone. Tiene 90 años y se ve mejor que todos los jovencitos que han sido homenajeados recientemente (Raúl Renán, Dolores Castro, Gerardo Deniz, Monsiváis, Álvaro Mutis...). Hay mucha calma en su mirada, pero cómo escruta, cómo calcula los movimientos del interlocutor, cómo sabe que uno viene a entrevistarle. No queda otra más que tratar de romper el hielo.

¿Es cierto que en Acaponeta le pusieron su nombre a una cancha de basquetbol?

A una casa de la cultura. Una casa de la cultura lleva mi nombre y en Tepic, al teatro, el teatro del pueblo. Cada estado tiene un teatro del pueblo... Pero no tengo calle, eso es lo que me pesa.

Él solo es una literatura con todo y su feria de vanidades, con todo y sus tipografías, sus cajas, sus pliegos y su tinta. Además de las galeas que se ha encargado de cuidar, también ha sido una especie de curador de nuevas generaciones de escritores. Durante mucho tiempo parecía que el premio, más allá del diploma, la publicación y el metálico, era conocerlo y escucharlo.

En Orizaba ya me quejé porque no tengo calle. Un día que se reunió todo el pueblo de Orizaba, y alguien famoso dio un discurso muy bonito, dijo que daba las gracias al pueblo por haberle dado su nombre a una calle. Pero mejor, dijo, me hubieran dado una casa. Que una calle para qué la quería. No es lo mismo tener una calle en una ciudad que un rinconcito para vivir.

Alí Chumacero confiesa que se siente un poco cansado. No han dejado de venir a pedirle una entrevista, una declaración, una opinión sobre sus 90 años, pues los homenajes suelen ser la carroña de los periodistas culturales. Dice que lo quieren sacar a la calle con una cámara, que para hacer un DVD. ¿O será que nada más quieren que lea sus poemas en voz alta? “No quiero que me pregunten otra vez por qué nada más escribí tres libros”, había advertido, así que proseguimos:

Me piden entrevistas todo el tiempo. Lo bueno es que muchas de ellas no se publican, pero siempre me preguntan lo mismo. Y yo a todo digo que sí, por ejemplo me propusieron seguirme con una cámara todo un día para sacar un DVD o un disco o algo así. Es absurdo, eso no lo compra nadie. Ni yo. Y claro, pues yo les dije que sí, así que van a estar conmigo en la mañana, a medio día, en la noche...

Bueno, pero los homenajes se los merece...

Pues sí, pero yo tengo que trabajar. Tengo que hacer discursos, tengo que rechazar cosas. Me invitaron a Cancún, Mexicali, Baja California, Torreón, Chihuahua, Culiacán... Sólo acepté ir a

Guadalajara porque yo crecí allí y Tepic, porque soy de por allá. Nada más. Pero así es la gente. Jamás han leído una línea mía. Por eso lo hacen, por eso me invitan...

Ya se ha dicho pero no está por demás hacerlo otra vez: la biblioteca de Alí Chumacero es una de las más nutridas del país, luego de las portentosas de José Luis Martínez (que en estos momentos se clasifica) y la de Fernando Tola de Habich. Una de las atracciones de su acervo es el gran número de manuscritos originales, firmados de puño y letra de sus autores. ¿Cuándo habrá comenzado Alí Chumacero a formar esa biblioteca?

*Alguna vez, José Luis Martínez habló del primer libro que usted le regaló, creo que era *El Romancero Gitano*. Decía que ese libro, por entonces, no se encontraba en ninguna parte de Hispanoamérica. ¿Usted se acuerda de eso?*

Y la madeja del recuerdo se desovilla. Alí Chumacero despierta. Sus ojos brillan. El poeta se emociona. Vaya que le gusta charlar.

Eso fue en Guadalajara, casi el año en que se publicó, creo que en el 35. Nosotros estábamos en la preparatoria. Era un libro rarísimo. En Guadalajara no había esos libros y el ejemplar lo tenía Efraín González Luna, y Efraín se lo prestó a un muy amigo de él cuyo hermano era parte de nuestro grupo. Entonces este muchacho me dijo que le habían prestado *El Romancero Gitano* y yo le dije “préstamelo”. “No, ¿si se nos pierde?”, decía el otro. Y yo: “no se nos pierde, préstamelo”. Y me lo prestó y yo lo copié a mano en una noche. Todavía por ahí tengo el manuscrito y ése fue el que leímos. Al otro día en la mañana lo devolví. Ésa es la historia de ese libro. En buena parte José Luis Martínez se hizo con mis libros, y también con libros de amigos. Leíamos mucho, nos juntábamos para platicar e intercambiar los libros, y en ese entonces no eran tan caros como ahora. Había libros de 15 centavos, de 50, de 75, de un peso, que ya eran caritos. Yo gastaba mucho en libros. Mucho quiere decir 4 pesos, que alcanzaban para tres o cuatro ejemplares, y de ahí hicimos el grupo de aficionados a la literatura, aunque luego se deshizo porque cada quien tomó su carrera. Uno fue médico, otro fue ingeniero, otro abogado, pero nos dedicamos a las letras José Luis Martínez, Jorge González Durán y yo. En aquel tiempo una cir-

cunstancia muy especial nos hizo venir a la ciudad de México. Y aquí continuamos. Tuvimos la suerte de llegar a una revista y ahí trabajamos en 1940. Nos fuimos con Leopoldo Zea e hicimos la revista *Tierra Nueva*, que fue una revista muy útil en aquel momento. Aquella generación fue guiada por los profesores y por los españoles del exilio. Luego, González Durán se retiró, se dedicó a otras actividades, y perduramos, persistimos, insistimos, reiteramos José Luis Martínez y yo.

El joven de Acaponeta frisaba los 20. Así comenzó un oficio que, a diferencia de la escritura, no tuvo interrupciones. A *Tierra Nueva* (1939) siguió *El hijo pródigo* (1943-1946), y también la fundación del suplemento *México en la cultura* (1949) de Novedades, que dirigió Fernando Benítez hasta 1961. Pero fue precisamente en *Tierra Nueva* donde Alí Chumacero publicó “Poema de amorosa raíz” que después formaría parte de *Páramo de sueños* (1940).

La revista no fue del todo mala porque de los cuatro que la hacíamos, todos fuimos Premios Nacionales, y eso quiere decir que no estábamos tan equivocados en cuanto a la elección de oficio. Y fuimos profesionales dedicados a escribir, yo exclusivamente a eso. Tuve la suerte de caer en manos de editores. Desde muy joven trabajé en imprentas; aprendí de todo para formar libros, y ese oficio tan bonito es en el que sigo: corregir un libro, revisar una traducción, calcular un original, en fin, hacer todo el mecanismo de la estructura de un libro y de su hechura misma. Además he ayudado a muchos a que aprendan el oficio. En nuestros días la tipografía en México es de primer nivel; en 1940 no lo era, no era tan buena como ahora, que es magnífica... Yo ya practico poco el oficio, ahora quiero descansar, pero que no sea en forma definitiva.

Para eso todavía le cuelga...

Le cuelga muchísimo —recalcó Alí.

*¿Y cómo llegó a *El hijo pródigo*?*

Me ligué mucho con Octavio Barreda, que hacía la revista *Letras de México*. Yo la manejé también, y después hicimos —estuve en la imprenta, era el esclavo— *El hijo pródigo*, una magnífica revista, y haciendo *El hijo pródigo*, poco después, vine a dar al Fondo de Cultura Económica.

Llegué aquí en 1950, hace 58 años cumplidos, y no pienso irme sino con los pies en alto. Pienso levantar los tenis trabajando en el Fondo de Cultura Económica, que es mi lugar, y que es un sitio en donde me he divertido, he aprendido, y quizá he alentado un poco a los muchachos que tenían la afición de los libros. Ahora ya con menos vigor pero continúo en esto. Durante todo este tiempo he tenido alguna oferta, más bien algunas ofertas, y no acepté ninguna. No es sólo que no haya aceptado, sino que nunca tuve la tentación. Alguien me preguntó que si quería ser diputado sólo para estar levantando la mano. Después, cuando maduré un poquito, me querían hacer senador, y yo dije sí aceptaba, pero senador con “c”. De ninguna manera. Prefiero ser un hombre limitado de recursos, pero hacer lo que se me pega la gana. Siempre he sido un hombre pobre pero tacaño.

¿Entonces usted se inventó lo de Tierra Nueva? El nombre, ¿a quién se le ocurrió?

El nombre, se ha publicado muchas veces, es de Alfonso Reyes. Fuimos a ver al autor de *La X en la frente* José Luis Martínez, Jorge González Durán y yo. Reyes era un hombre muy alegre, muy simpático, y lo fuimos a ver para hablar de la revista, de la posibilidad del nombre, y dijo él que el nombre más acertado que había conocido era el de una revista muy famosa que ya no me acuerdo cómo se llama. Entonces dio un brinco y dijo: *Tierra Nueva* es el mejor nombre para una revista. Y después vi que Knut Hamsun tiene un libro que se llama *Tierra Nueva*. Fue una revista muy buena. Ahí escribieron escritores importantes. Nosotros nos amparábamos hipócritamente en plumas ya consagradas. Ahí publicó Juan Ramón Jiménez, Villaurrutia, Octavio Paz, que ya tenía cierto nombre y que también lo incorporamos al grupo de colaboradores. Estaba Neftalí Beltrán, de la generación de *Taller*, y varios muchachos que empezaban a escribir.

¿Usted cree que antes era más fácil ser poeta?

No, porque en aquel entonces éramos unos cuantos. Cuando empecé a escribir poesía, los poetas que había en la ciudad de México no llegaban más allá de una docena, acaso quince. Ahora, por ejemplo, en la última antología que hizo Jorge Esquinca son 72 poetas sólo de Guadalajara. Calculo que hay más de 300 poetas jóvenes en todo el país.

¿Qué opina de estos nuevos jóvenes poetas?

Creo que se está trabajando, se están haciendo nuevos tipos de poesía, se están buscando nuevas maneras de escribir y se están encontrando. Yo no puedo opinar porque no es mi meta y porque yo soy un poeta al que nadie entiende... Ni yo me entiendo, así que no tengo derecho a opinar sobre la poesía porque yo escribo y escribo como se me pega la gana y luego me leo y no hay manera... Bueno, estoy limitando el número de lectores, pero mientras menos lectores haya, entonces es uno más exquisito, más fino y además me hacen fiesta cuando cumplo años.

¿Y todavía va a los toros?

Sí, claro. Yo soy muy aficionado a los toros. Yo voy a los toros desde 1931. Soy autoridad en eso.

¿En su biblioteca hay libros de tauromaquia?

Sí, tengo una buena biblioteca, aunque hace poco la limpié y dejé solamente algunas materias, sobre todo de literatura. Tenía de todo: sociología, economía (claro, si yo trabajaba aquí tenía que tener economía a fuerza). Pero limpié y me quedé con libros de psicología, porque yo leo psicología desde los 14 años, literatura y filosofía; con eso. Política sólo tengo unos 30 ó 40 libros, tengo a Marx, a Marcuse (estaba muy de moda, ahora ya no), tengo mucha filosofía. De esta materia es un buen acervo para una persona que es sólo un aficionado, para una persona que lee por curiosidad, pero no filósofo. Yo fui universitario como todo el mundo, y me expulsaron de la universidad, no les guardo rencor a los que me expulsaron, son mis amigos.

¿Por qué le empezaron a gustar los toros desde chiquito?, ¿quién lo llevó a una corrida por primera vez?

Para ir a los toros yo no tenía dinero. Lo que hacía en la tarde, los domingos, era irme a los toros. Esperábamos ahí, y en el quinto toro dejaban entrar gratis. Cuando no se llenaba la plaza se retiraban los boleteros y toda la muchachada entraba. Yo vi por ejemplo a “El soldado”, vi también a... ¿Para qué les cuento?

Y entonces Alí Chumacero le hace una chicuelina al recuerdo:

Fui a la inauguración de la Plaza México, hasta tengo el cartel de la primera corrida en la entrada de mi biblioteca. Ahí lo tengo enmarcado. No

he querido formar una biblioteca taurina muy grande. Un día, Zaplana, un librero muy famoso y muy inteligente, me dijo: “No compres libros de toros, son muchos y todos dicen lo mismo”, y tenía absoluta razón. Cualquier libro de toros dice lo mismo. No lo digo en público porque los aficionados se enojan...

¿Conserva la costumbre de la tertulia taurina?

No, no, no... Los odio. No aguanto a los aficionados, no los aguanto pero me gustan mucho los toros. Yo fui manoleta, era sensacional, y luego pues hay toreros mexicanos muy buenos. Pero yo nunca hablo de toros, ni me junto con aficionados a los toros porque son insostenibles. No hablan más que de eso, no tienen temas, no ven nada.

Marco Antonio Campos, Jorge F. Hernández, Bernardo Ruiz, Adolfo Castañón y Jorge Esquinca son sólo algunos de los muchos discípulos de Alí Chumacero. Al frente de jurados de concursos y becas, el autor de Palabras en reposo ha formado, con el mismo cuidado de las galeras, varias plumas y varios editores. En más de una ocasión ha recalado la importancia de los estímulos para los creadores. Sin embargo, reconoce que, hoy por hoy, sufrimos carestía de grandes escritores, algo normal luego de que se marchara el último: Octavio Paz:

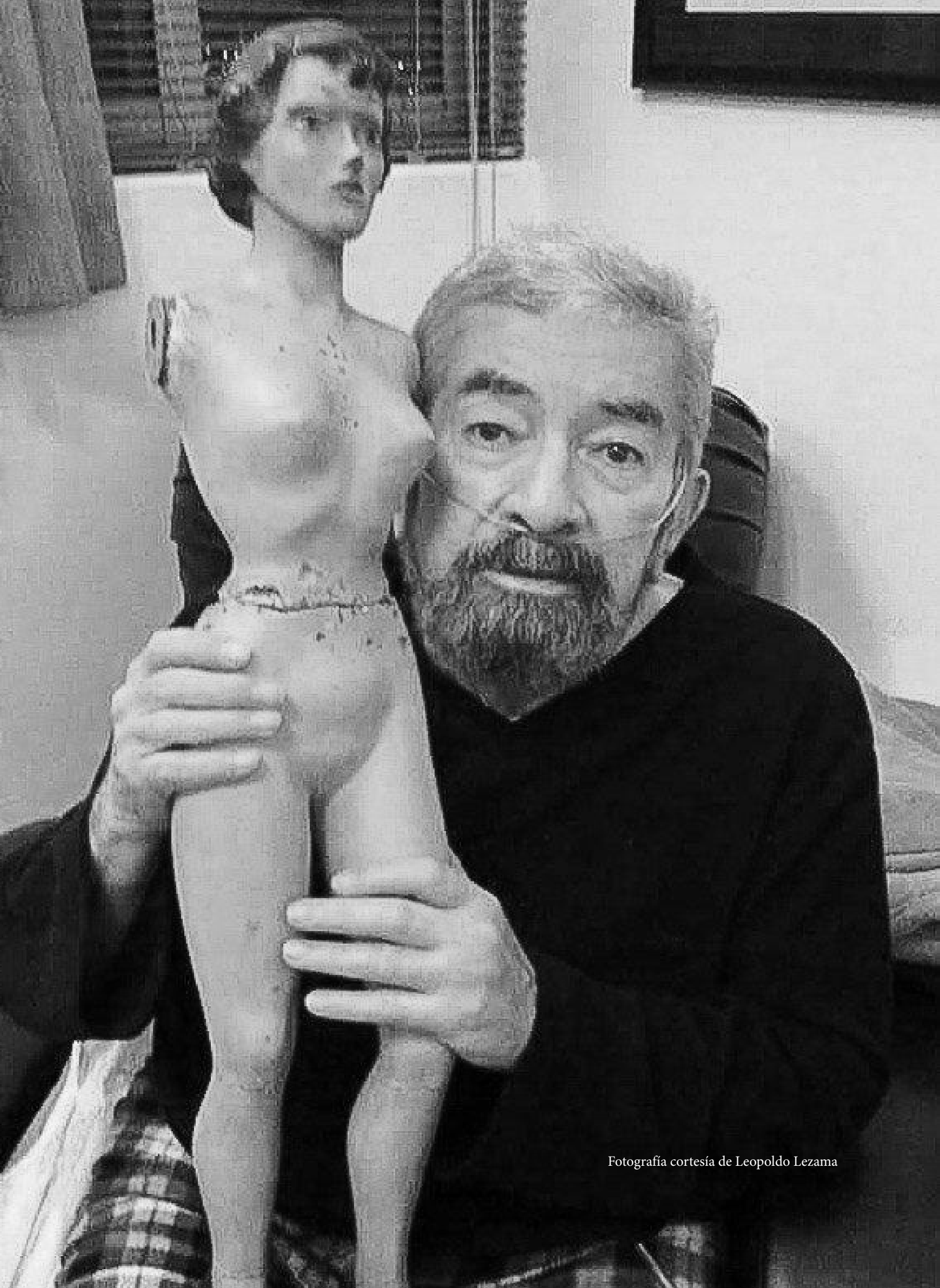
Me había preguntado alguien que qué opinaba de las becas. Yo fui jefe de becas durante muchísimos años, gratuito además, porque a mí me interesaba que la literatura fuera impulsada, entonces yo la impulso para que salga de pronto un Octavio Paz, que era un gran escritor, uno de los grandes escritores que ha dado este país. Siempre he estado en los grupos, he participado como jurado de algunos concursos, unos buenos y otros atroces. Por ejemplo, en este momento soy jefe de un jurado de un concurso del que me acaban de hablar ayer. No sé ni de quién es, ni de dónde es, ni nada, pero ya me nombraron y quedaron de mandarme el material. Acabo de salir de otro concurso la semana pasada en Toluca. Durante 15 años o más fui asesor del Centro Mexicano de Escritores del cual había

sido becario en el 51. Estoy muy ligado a ese vicio, porque no es virtud, es una desgracia que se recibe con cariño. No produce nada pero produce algunas cosas privadas, íntimas, es como el amor, que no produce nada más que dolores de cabeza, pero qué haría uno sin amor.

Hay más escritores que antes y hay muchos estímulos para los jóvenes, pero hay menos revistas literarias y más libros, ¿no le parece contradictorio?

Vemos que los grandes escritores son jovencillos de 90 años. Paz, por ejemplo, a los cuarenta años era ya un escritor formadísimo, y los otros, quienes tienen 80 años, a los 40 años estaban formados. Pero ahorita es muy difícil encontrar un escritor de cuarenta o treinta años que destaque. Soy muy amigo de ellos y todos los muchachos tienen 55 años o 50. Tengo un hijo mayor, que tiene 57 años, y sus compañeros pues tienen esa edad, de manera que no existe como antes esa precocidad. Ha desaparecido o es más difícil encontrarla o no sé qué es lo que ha pasado. La cantidad de becas se ha multiplicado por cien. Hace muchos años no había becas. Yo nada más veía decir a los muchachos: “ya se está acabando la beca, ¿qué vamos a hacer?”. Eso no es correcto. Lo que debe interesarle a la gente es la creación, no el dinero. A veces iba a casa de algún becario y me asomaba por ahí y no había ningún libro en su casa. Y yo me preguntaba pues de dónde sacó éste lo escritor, y yo era el que le había dado la beca. Luego lo que sucede es que los maestros no saben leer, menos escribir.

Pero este maestro vaya que sabe lo que hace. Al homenaje (merecido, pero institucional) se suman varios motivos para releer sus poemarios perfectos y una olvidada pero imprescindible recopilación de sus reseñas de libros agrupadas bajo el título de *Los momentos críticos*: Alí Chumacero ha llegado a España; la editorial Pre-Textos publicó la antología poética *Páramo de sueños*, y el FCE publicará una edición de su poesía completa prologada por José Emilio Pacheco. Además, el rostro del autor de *Palabras en reposo* aparecerá en un billete conmemorativo de la Lotería Nacional.



Fotografía cortesía de Leopoldo Lezama